

CARLOS BENVENUTO

ARIEL, GENIO DE LA LIBERALIDAD

A Luis E. Gil Salguero, que tanto
ha contribuido a que se desentrañen
los valores de José Enrique Rodó.

Todos tenemos presente la magistral caracterización de Ariel:

En su incesante e indescartable pugna con Calibán, es Ariel "la parte noble y alada del espíritu, el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, término ideal a que asciende la selección humana", es como el numen positivo y misteriosamente sabio de la vida. En lenguaje goetheano, es la protoforma de la nobleza, en el sentido bergsonianos de la expresión "esquema dinámico" de la grandeza humana, signo espiritual de la inquietud humana y acaso rumbo espiritual de la aventurera energía divina, creadora y realizadora de dioses, según el decir del filósofo.

Ubicación ontológica de Ariel

Si lo quisiéramos situar a modo de verlo venir como demiurgo creador de la persona humana, de la cultura y de las más profundas exigencias de la vida espiritual, difícilmente podríamos ubicarlo mejor que a la luz de este pasaje del Conflicto de la Cultura Mo-

derna de Jorge Simmel: "Es la esencia de la vida producir de sí misma lo que la dirige y redime, lo que hace de ella un contraste y lo que en ella venciendo es vencido, se conserva y se eleva girando, por así decirlo sobre su propio producto y que éste, subsistente por sí mismo y dirigiéndola, esté en oposición con ella es, justamente su propio hecho original". Ariel, en su oposición conflictual con Calibán, es, no sólo lo que la dirige y redime, el conjunto de modulaciones que hacen de ella un contraste, algo que, venciendo es vencido, y que, sin embargo, se conserva y la eleva girando, atraída por su más alto producto. Si los primeros despliegues vienen así de la prehistoria, los desarrollos posibles y necesarios de Ariel, se pierden en las hiperbóreas regiones de lo que, todavía irreal, importa más que lo real. Se distancia dentro nuestro, creando un ámbito íntimo, para poder, sin coacción, ir atrayéndonos sin término, e invitándonos a crearnos libremente desde ese escenario interior e inexpugnable que es nuestra alma.

Ariel y la índole viviente e ideal de la realidad

Ariel es así la realidad y ese algo más. Es esa potencia de auto-iluminación e incesante incremento sin la cual la realidad languidece y se degrada, más o menos rápidamente. Así patentiza, delicadamente, cómo no hay burlas con el espíritu. En su idea límite es quizá "ese algo muy lejano que viene lentamente hacia los hombres perseverantes en su fe, que la esperan con paciencia" en lo que Rainer María Rilke alcanzó a entrever un madurar de las cosas y de los hombres en Dios y de Dios en los hombres. Sea lo que fuere, en todo caso Ariel transparente que "El universo llega, así, a comprenderse como algo que incluye una fuente de ideales" una surgente insondable de ideales imprevisibles que expli-

ca cómo "Existen experiencias de ideales mantenidos, de ideales anhelados, de ideales realizados, de ideales fracasados" y vueltos a ensayar, diríamos nosotros complementando esas expresiones de A. N. Whitehead en Modos de Pensamiento.

En realidad el simbolismo de Ariel, auscultado en su fino fondo, o concebido en su idea límite a que por necesidad debe intensamente tender, por más que no pueda alcanzar, está modulado dinámicamente como para irse suscitando e intensificando progresivamente a sí mismo, hasta llegar a constituir sobre la negra tierra, el fosforescente esquema dinámico de lo supremo. Antitipo de las cosas y de las formas, es más bien la prefiguración dinámogena, germinante de una trabajadora divinidad inmanente, próxima y desconocida, siempre posible y siempre necesaria en su inexpugnable trascendencia a toda forma. Inspirando a la vida, dentro de los términos de la misma realidad, Ariel, sin fatiga, se busca a sí mismo, con infinita sublime nostalgia del eterno advenimiento de "el que vendrá". Porque sólo buscándose sin poder hallarlo por entero, acierta a ser el tenso inflamador de esta rugosa realidad ideal que es la realidad.

Ariel, la religiosidad laicizada

En cuanto nos aplicamos a meditarlo con cierto intenso amor, no podemos evitar de persuadirnos, cada día más, de que Ariel, asido en su entrañada significación, es, primero, el símbolo viviente del liberalismo inmortal, en su plano más hondo y primordial, aquél que, por ello mismo, desconcierta a muchos liberales. Y, en seguida, solidariamente, se nos evidencia, también cada día más, que él, genio del aire y "héroe epónimo de la epopeya de la especie", genialmente, por anticipado expropió para siempre jamás la religiosidad

a todas las religiones habidas y por haber. En el seno ardiente de las cosas, para siempre, Ariel ha laicizado la religiosidad. Más delicadamente que Jesús a los mercaderes del templo, sin esgrimir látigo siquiera, y por el contrario, abriendo perpetuamente las almas, día a día, instante a instante, anula, dispersa y sume en la esterilidad y aún en la vergüenza, a todas las clerecías, habidas y por haber.

Confusión de todos los doctores de los realismos incompletos, Ariel torna patente cómo la delicadeza, que no es de este mundo, es la sal del mundo! Su símbolo viviente está aparejado de tan ágil y delicada manera, que sus desarrollos posibles y necesarios, para poder ir llamándonos e inspirándonos sin término, desde este recóndito y dramático escenario de la libertad que es nuestra propia alma, sabiamente se pierden en las hiperbóreas zonas de lo que, todavía no realizado, ya importa más que lo realizado.

Ariel, esquema dinámico de lo supremo

El implica cierta primacía ontológica de la libertad, matriz de las conjugaciones de las trascendencias e inmanencias necesarias. Vida de la vida, está así expresamente aperecebido para irse suscitando e intensificando indefinida y progresivamente a sí mismo. Es por ello que ese "protagonista inmortal", siendo "el héroe epónimo de la epopeya de la especie" en marcha, con su presencia ya "inspiró los débiles esfuerzos de la racionalidad del hombre prehistórico", según expresa Rodó. Por eso es más anchuroso que lo más grande: que toda moralidad, que todo arte, que toda ciencia, que toda política, que toda filosofía, que toda religiosidad, del mismo inocente y bendito modo que la matriz es más vasta que los hijos que, amorosa, va llevando en su propio

seno creador. En virtud de ello es que, suscitado por su más íntima y esplendorosa generosidad productiva, Ariel se continúa, prolongando e intensificándose incesantemente a sí mismo, hasta llegar a constituir, sobre la negra tierra, el esquema dinámico de lo supremo. Así, finalmente, se declara como el blando numen de una divinidad desconocida, siempre posible y siempre necesaria. Como otro yo de ésta, inspirando a la vida, en nosotros, opera bajo el modo de divinidad interior, de dionisiaco *entheos*, "motor de las grandes acciones, divinidad interna que enfervoriza el pecho donde habita".

Con infinita, sublime, nostalgia o amor de sus mismas virtualidades, sin término posible, se busca a sí mismo, en nosotros. Y sólo por buscarse, sin poder hallarse por entero, está predispuesto por siempre jamás, para ser el tensor inflamante, infinitamente dinámico de esta ideal y sin embargo rugosa realidad que, bien considerada, en último análisis es la infinita marcha de la realidad, suscitándose, infatigable, a sí misma en el seno de lo desconocido, bajo el modo del esplendoroso "éter de acontecimientos", que es el destino.

Cierto fracaso de la razón precio del éxito de la vida
Optimismo trágico

Si bien se medita, la parte en que esa necesaria divinidad sin forma, linfa poética de lo real, y madre infinita de toda forma, fracasa, sin embargo, en la aprehensión de sí, es aquella misma en que se insinúa su más inefable, heroico y esplendoroso éxito. Porque, el triunfo definitivo de la razón, en la sagrada tarea de elucidarla y más aún, en la de definirla, sería el más indiscreto y grande de los fracasos de aquella divina espontaneidad creadora, vida de la vida. En cambio, su relativa frus-

tración, bien auscultada, es como el sacro regazo del más grande de los éxitos de la vida. Cierta fracaso de la razón y con ella su hija la ciencia, insuficiencia, que discretamente, sólo viene a declararse más allá y, además de todo su innegable y precioso valor, es, sin embargo, el heroico y sublime precio que a la razón, órgano de nuestra dignidad, impone la Vida para seguir viviente, para preservar su libertad, para salvar la poética del porvenir y para cuidar la perpetua intensificación de la realidad, merced a algo todavía no nacido del seno de su fertilidad infinita. Ariel es la delicada llama que incita en nosotros a ir despertando y realizando en amoroso abrazo su propia cósmica vocación creadora. El Ariel constituye el inmenso y delicado invento que el genio de la vida atinó a elaborar, no sólo para no degradarse y caer, sino para, por el contrario, seguirse inventando, improvisando y sublimando continua, progresiva e infinitamente. Su sola presencia sobre el rebosado borde de lo real, su perpetuo alborear en el intensificante entredós de lo que es y de lo que todavía no es, bien escuchado, hace que, en última instancia, no quepa ni escepticismo ni dogmatismo, ni pesimismo ni optimismo, ni aún bajo sus más hondas y comprensivas modalidades. Sólo puede no ser, humana, metafísica y religiosamente menesteroso, un cierto optimismo trágico, casi indefinible en lenguaje humano. Más allá del dolor, la enfermedad, la locura y la muerte, anti-acción, él levanta, indeciblemente, con su sangrienta substancia, más alto que las espumas del oleaje de las victorias y las derrotas, el ultrarrazonable cántico de cánticos de una nunca desmentida esperanza. Frente a ésta, toda decepción, todo pesimismo, parece sólo hijo de cierto pánico de la razón, fatigada, impaciente o inerte. Ante aquélla, tanto optimismo como pesimismo, no pueden ser más que indigentes sublevaciones de puntos de vistas

parciales como todo punto de vista. Ante ella todos los sistemas, todas las religiones, todas las organizaciones, son sofismas de metafísico, falacias verbo-ideológicas, cenizas, en fin, que, en su perpetua, impensable pero innegable resurrección, deja tras sí el ave Fénix de una inmortal, invisible y presente divinidad.

*